

El don de Consejo (1)

Dado que el don de Consejo perfecciona directamente la virtud cardinal de la Prudencia, nos detendremos primeramente en ésta para, luego, pasar a explicar la naturaleza del don de consejo y su acción en el alma.

La prudencia es una virtud moral y sobrenatural que inclina nuestro entendimiento a elegir, en todas las ocasiones, los medios más a propósito para nuestros fines, subordinando éstos a nuestro fin último.

No es, por lo tanto ni la prudencia de la carne, ni la puramente humana, se trata de la prudencia cristiana.

Como señala Tanquerey: “no es la **prudencia de la carne**. Ésta nos da ingenio para hallar los medios de conseguir un fin malvado, de satisfacer nuestras pasiones, de enriquecernos, de conseguir honores. San Pablo la condena por ser enemiga de Dios, se encuentra en rebelión contra su santa ley, y es enemiga del hombre al que arrastra a la muerte eterna.(Rm 8,6-8)

No es tampoco la **prudencia puramente humana**, que busca los medios más a propósito para conseguir un fin natural sin subordinarle al fin último, como la prudencia del industrial, del comerciante, del artista, del trabajador, que miran a ganar dinero o fama sin preocuparse de Dios ni de la felicidad eterna. A éstos se les debe hacer saber que de nada les servirá ganar el mundo entero si pierden su alma. (Mt16,26).

Se trata de la **prudencia cristiana**, que, fundándose en los principios de la fe, refiere todas las cosas al fin sobrenatural, o sea, a Dios conocido y amado en la tierra y poseído en el cielo. Es verdad que la prudencia no atiende directamente a este fin que le propone la fe; pero lo tiene siempre delante de los ojos para buscar, con la luz que le da, los medios más a propósito para enderezar todas nuestras obras a dicho fin. Cuida de todos los pormenores de nuestra vida: regula nuestros pensamientos para que no corran fuera de Dios; regula nuestras intenciones para alejar de nosotros cuanto pudiere emponzoñar nuestra pureza; regula nuestros afectos, sentimientos y voliciones para encaminarlos a Dios; regula aun nuestros actos exteriores y el cumplimiento de nuestros propósitos para referirlos todos a nuestro fin último”.

La prudencia nos dicta lo que hay que hacer en un momento determinado, teniendo en cuenta todas las circunstancias y después de madura deliberación y consejo.

Importancia

La prudencia es la más importante de todas las virtudes morales. Les señala a todas el justo medio. Su importancia se señala en múltiples pasajes de la Escritura. Dice Jesús que hay que ser “prudentes como serpientes y sencillos como palomas” (Mt 10,16). Es una virtud intelectual y eminentemente práctica. Nos dice lo que debemos hacer en cada caso particular, lo que conviene omitir para alcanzar la vida eterna. Es absolutamente necesaria para la vida humana e indispensable en el orden sobrenatural del cristiano:

a) Para evitar el pecado, dándonos a conocer las causas y ocasiones del mismo señalando los remedios oportunos.

b) Para adelantar en la virtud, indicándonos lo que es necesario hacer o evitar en orden a nuestra santificación. Escribió Pascal en sus pensamientos: “No admiro el heroísmo de una virtud como la del valor si al mismo tiempo no veo el heroísmo de la virtud opuesta, como en Epaminondas, que poseía el extremo valor y la extrema benignidad; pues lo contrario no sería ascender, sino descender. No se demuestra grandeza por estar a un extremo, sino reuniendo los dos y cumpliéndolo todo entre los dos”. Es la prudencia la que nos permite conciliar estos dos extremos.

c) La práctica del apostolado. Sabiendo lo que es necesario decir o callar en una prédica. En el catecismo, para formar convenientemente el alma de los niños, imprimiéndoles huellas de virtud y santidad que no se borrarán en toda la vida. En el confesionario, para la administración adecuada del sacramento; en la administración temporal de las parroquias, etc.

Partes de la prudencia

Las partes integrantes de la prudencia son ocho: 1) La memoria de lo pasado, pues la experiencia es madre de la ciencia recordando los éxitos y los fracasos. 2) Inteligencia de lo presente, para saber discernir si lo que nos proponemos es bueno o malo, conveniente o inconveniente. 3) Docilidad, para pedir y aceptar el consejo de los sabios y experimentados, nadie puede presumir resolverlo todo solo. 4) Sagacidad, que es la prontitud de espíritu para resolver los casos urgentes. 5) Razón, en los casos no urgentes después de una reflexión madura. 6) Providencia, que consiste en fijarse bien en el fin lejano que se intenta, ver los medios oportunos, prever las consecuencias que se pueden seguir de obrar de aquella manera. 7) Circunspección, que es la consideración atenta de las circunstancias para poder juzgar en vista de ellas. Hay cosas buenas y convenientes en sí mismas pero que por las circunstancias, serían contraproducentes o perniciosas. 8) Cautela o precaución, contra los impedimentos que pudieran ser obstáculos para la empresa (Ej. Evitando el influjo pernicioso de las malas compañías).

La prudencia puede ser además, personal o social según sirva para gobernar la propia vida o la vida de la comunidad. Y se relaciona con algunas virtudes anejas que la preparan: 1) El buen consejo, que dispone al hombre para encontrar los medios más aptos y oportunos para el fin que se pretende. Hay que tener en cuenta que lo propio del consejo es aconsejar pero lo propio de la prudencia es decidir. Hay gente que es buena para asesorar o dar consejos pero no para mandar y ejecutar. 2) El buen sentido práctico o sentido común o sensatez. Se dedica a juzgar rectamente según las leyes comunes. 3) El juicio perspicaz, para casos fuera de lo ordinario o insólitos.

Vicios que se oponen a la prudencia

Algunos vicios son manifiestamente contrarios a la prudencia. Son dos:

1) La imprudencia que se divide en tres: a) la **precipitación**, obrando por capricho o pasión; b) la **inconsideración**, por la cual se desatienden las cosas necesarias para juzgar, y c) la **inconstancia**, que lleva a abandonar los propósitos asumidos por la prudencia. Estos vicios proceden principalmente de la lujuria, que es el vicio que más entenebrece el juicio de la razón. Secundariamente provienen de la envidia y la ira.

2) La negligencia, falta de solicitud para mandar lo que debe hacerse. Si se omite algo necesario para la salvación este pecado de negligencia es mortal.

Vicios falsamente parecidos son cinco: 1) La prudencia de la carne, encontrar los medios oportunos para satisfacer las pasiones desordenadas. 2) La astucia, que supone la habilidad para conseguir un fin, por caminos falsos, simulados o aparentes. Es pecado aunque el fin sea bueno ya que el fin no justifica los medios. 3) El dolo, que es la astucia practicada con las palabras. 4) El fraude, la astucia con los hechos. 5) La solicitud excesiva de las cosas temporales o futuras que supone una falta de confianza en la divina providencia. Todos estos vicios proceden de la avaricia.

Medios para perfeccionar la prudencia

Aunque las virtudes son las mismas a lo largo de toda la vida espiritual, no lo es el grado de perfección con el que se las vive. Dado que las virtudes crecen y se desarrollan realizando cada vez más elevados de las mismas vamos a ver cómo hacerlo. Esto es muy importante ya que nuestra conformación con Cristo se da justamente por el crecimiento en la virtud ya que Él se identifica con la virtud misma en su esencia.

A) Los principiantes. Su principal preocupación debe ser conservar la gracia y no volver atrás deberán evitar los pecados contrarios a la prudencia:

1) Reflexionando, con la razón iluminada por la fe, antes de decidir cualquier cosa evitando los caprichos y la precipitación.

2) Considerando despacio los pro y contra de una acción;

3) Perseverando en los buenos propósitos evitando la negligencia y la inconstancia.

4) Vigilando contra la prudencia de la carne, que busca pretextos para evitar el cumplimiento del deber.

5) Procediendo con sencillez y transparencia evitando la simulación, la astucia y el engaño.

6) Viviendo al día sin preocuparnos demasiado de un mañana incierto.

Desde el punto de vista positivo lo harán.

1) Refiriendo al último fin todas sus acciones, recordando el principio y fundamento que pone San Ignacio de Loyola en sus ejercicios espirituales: “ El hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su alma; y las otras cosas sobre la faz de la tierra son creadas para el hombre y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es creado. De donde se sigue que el hombre tanto ha de usar de ellas, cuanto le ayuden para su fin y tanto debe quitarse de ellas, cuando para ello le impiden”.

2) Procurarán plasmar en una máxima fácil de recordar la necesidad de subordinarlo todo al fin de nuestra salvación: “¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?” (Mt 16,26). “¿De qué me aprovechará esto para la vida eterna?”. Porque al final de la jornada –el que se salva, sabe- y el que no, no sabe nada”.

B) Los adelantados. Deben procurar desarrollar esta virtud elevando los motivos de su prudencia. Más que de su salvación se preocuparán de la gloria de Dios haciendo de esto el fin de todos sus actos. Practicarán la verdadera mortificación cristiana aplastando la prudencia de la carne. Buscarán la máxima docilidad a las inspiraciones del Espíritu Santo entregándose de lleno a la santificación.

C) Los perfectos practican en grado heroico la prudencia movidos por el don de Consejo del que hablaremos en el próximo artículo.

Alejandro Ferreirós